

JORNADA MANOS UNIDAS (CELEBRACIÓN TRANSMITIDA POR TVE)

Monseñor José Antonio Álvarez, obispo auxiliar de Madrid



Queridos hermanos y hermanas, todos en el Señor.

Querido señor párroco de esta parroquia de San Bruno, don Manuel.

Queridos viceconsiliarios nacional y diocesano de Manos Unidas.

Queridos hermanos concelebrantes.

Queridos miembros y voluntarios de la Asociación Manos Unidas.

Queridas misioneras que en estos días nos estáis haciendo presente con vuestra vida y con vuestro testimonio esta realidad esencial de la vida de la Iglesia: la misión.

Muy queridos hermanos de esta parroquia de San Bruno y, muy especialmente, queridos hermanos que nos seguís a través de la pantalla de Televisión Española:

Quizá en ocasiones nos podemos sentir un tanto desconcertados como el apóstol Pedro después de estar toda la noche bregando y no coger nada, sentimos el sufrimiento personal o el de muchos hermanos nuestros que viven situaciones de injusticia y exclusión en tantos lugares del mundo. Pero hoy renovamos la llamada que Jesús hace a su Iglesia que camina y se adentra en las habitaciones de los hospitales, en las residencias, en vuestras casas, en cada parroquia y en cualquier rincón donde el Espíritu sigue haciendo vivir a la Iglesia.

La Palabra de Dios que es alimento en nuestro peregrinar, también nos interpela. En este domingo en el que celebramos la sexagésimo sexta Campaña de Manos Unidas, se nos recuerda, con sabiduría evangélica, que “compartir es nuestra mejor riqueza”.

Hoy nuestra mirada está puesta en aquellos que, aunque geográficamente estén lejos, en nuestro corazón han de estar siempre muy cerca. Hoy nuestros ojos se dirigen a quienes en cualquier parte de la casa común que habitamos, forman parte de la gran familia humana y claman por una vida más digna y por una prosperidad que no alcanzan. En mil rincones del mundo también muchos de ellos celebran esta eucaristía alrededor del mismo Cristo que nos congrega.

Como al profeta Isaías, también la mano de Dios ha tocado nuestros labios, para que de ellos salga una palabra de aliento y de esperanza para nuestro mundo, especialmente para todos aquellos que no son reconocidos en su dignidad de hijos de Dios, por sufrir el dolor, la soledad, el miedo, la tristeza, la violencia o la falta de libertad. Algunos incluso sufren persecución por su fe.

“Aquí estoy, mándame” Respondió el profeta. También nosotros, hoy con el salmista, hemos respondido: “me postraré ante tu santuario”. Conviene recordar que el santuario más querido por Dios no es el que construimos con nuestras manos; tampoco la ofrenda que más le agrada es la de nuestros dones materiales. Su santuario predilecto es el hombre, cada

persona. La ofrenda que más le agrada es la solicitud de los unos para con los otros, la entrega de los unos a los otros, como expresión del amor primero de Dios. Porque, como decía San Ireneo, “la gloria de Dios es que el hombre viva y la vida del hombre es contemplar a Dios”.

La invitación que hemos escuchado en el Evangelio de Lucas es todo un reto y una llamada a vivir la aventura de la fe: **“Rema mar adentro”**; para concluir el relato con un parco pero elocuente: **“y dejándolo todo, lo siguieron”**. Es la propuesta de Jesús al pie de esta barca que es la Iglesia. La formamos todos los que participamos de la común dignidad bautismal que nos constituye en discípulos y misioneros de Cristo.

Los bautizados tenemos que remar y bregar en ella juntos, armoniosamente juntos, respondiendo con la diversidad de dones y vocaciones, en la comunión de un solo cuerpo. Nos sabemos llamados por Jesús, cada uno con su propio nombre, y juntos como comunidad misionera. Y nos reconocemos enviados, enviados a remar, a remar mar adentro, sin miedo, sin cálculos humanos, arriesgando lo que somos y lo que tenemos, saliendo de los puertos de nuestras seguridades, y poniendo nuestra mirada en el horizonte de un mar inmenso. Lo hacemos confiadamente porque no vamos solos, porque sabemos que el Señor va con nosotros.

Las principales tentaciones que nos impiden escuchar la llamada potente de Cristo a “remar mar adentro”, tienen mucho que ver con el no adentrarse de verdad, sin cicaterías ni miedos, a la aventura confiada a la que nos llama su seguimiento.

Muchas veces “tomamos los remos”, es decir, proveemos los medios y programamos las acciones; en otras ocasiones, acertamos a vislumbrar el mar que nos aguarda, lo estudiamos e incluso lo dibujamos en la carta de navegación. Pero, al final, nos falta el suficiente arrojo para adentrarnos en el mar, para de verdad “remar mar adentro”. En el fondo, el problema es que nos cuesta pronunciar las palabras al principio quejasas, pero finalmente confiadas de Pedro: “Maestro [...], por tu palabra, echaré las

redes". "Por tu palabra". No es un acto de valentía, ni una decisión voluntarista. Es un acto de confianza, de pura fe. Es el salto que hoy se nos pide.

Manos Unidas nos invita a adentrarnos mar adentro donde nos esperan los hambrientos de pan y de sentido, de prosperidad y de consuelo espiritual.

Adentro, muy adentro, nos esperan los niños y los jóvenes que nunca han ido a una escuela, que no han tenido maestros que abran sus mentes a la verdad para hacerse preguntas y encontrar respuestas. Y, muy, muy adentro entre tanta fragilidad, está la realidad escandalosa de los niños esclavos y de los niños soldado que clama todos los días al Cielo.

Adentro, muy adentro del mar de este mundo, nos esperan también los hombres y mujeres que trabajan sin descanso, literalmente sin descanso, con jornadas interminables, y que ven como el fruto de su esfuerzo es insuficiente para tener una morada digna, para constituir una familia y, para poder soñar con un mañana mejor.

Adentro, muy adentro del mar de este mundo, nos esperan todos aquellos que en la incertidumbre y en la desesperación dejan sus hogares, sus familias y su tierra para aventurarse en una travesía incierta y desesperada, en la que solo algunos pocos, muy pocos, alcanzan la tierra prometida de nuestro primer mundo que no siempre los acoge, ni los valora, ni les da una oportunidad, ni los acompaña como hermanos, hijos de un mismo Dios y Padre.

Pero, también lo sabemos y nos devuelve la esperanza: también adentro, muy adentro del mar de este mundo, en las orillas más extremas y en muchas periferias, nos aguardan quienes ya hicieron ese viaje mar adentro y se quedaron con ellos. Misioneros, voluntarios, hombres y mujeres generosos y solidarios. Ellos están allí, y nos dan sus manos. A ellos podemos unir las nuestras. Hagámoslo ahora, hagámoslo siempre. Con las manos unidas adentrémonos hacia la luz que nos alcanza desde el horizonte de todos los mares del mundo. Sabemos cómo nos dice el Papa Francisco

DOMINGO V TO (ciclo C) 9

ERO

que “mientras nuestro sistema económico y social produzca una sola víctima y haga una sola persona descartada no habrá una fiesta de fraternidad universal”.

Sí, unamos nuestras manos y hagámoslo con confianza y alegría. Porque, adentro muy adentro, nos aguarda el mismo Señor que nos llamó. El que se identifica con la suerte de los sufrientes y el que alienta y sostiene nuestro viaje.

La barca está preparada, los remos dispuestos. Sólo faltan brazos y corazones que, transidos por el cariño del Dios compasivo y misericordioso, se dispongan a iniciar esta travesía. Por tu Palabra, Señor, ayúdanos a echar de nuevo las redes.